



Primer Premio

del

Primer Certamen Literario

de

Cuentos Gastronómicos

La cólera de las zanahorias

Miguel Paz Cabanas

Me resulta extraño pensar que acabase siendo confidente de Mikel Araola, el hombre que me había arrebatado mi mejor receta y al que, en el ecuador de mi vida, hacía partícipe de las historias culinarias que me confiaban mis clientes. Supongo que a ese vínculo contribuyó su origen (él había nacido, como yo, en San Juan de Luz), sus expectativas y que compartiésemos un entusiasmo mutuo por los ingredientes de la cocina popular. En cuanto al pleito que nos había enfrentado en el pasado, era algo que la erosión del tiempo se había encargado de suprimir.

Solíamos comer en una tratoría, un local familiar conocido de ambos, si nuestras obligaciones nos lo permitían, una vez al mes. Como buen gourmet,

Araola agradecía que no abordara los temas durante el almuerzo, dejando para los postres las dudas que, fruto de mis experiencias, deseaba trasladarle. Era un hombre corpulento, de facciones amplias y limpias, y cuando te prestaba atención, translucía una sensación de ecuanimidad.

Las recetas que yo le desgranaba le parecían, en su mayoría, fascinantes. Solía decir que me envidiaba, que sus clientes eran demasiado petulantes y que yo, gracias a mi modestia, era más innovador que otros colegas. Le asombraba mi capacidad para valorar cualquier aportación, por peregrina que fuese, y descubrir, merced a mi curiosidad, secretos exquisitos. Sostenía que era un talento único y no perdía la ocasión de trasladarme sus elogios: “La mayoría de mis amigos –me confesaba hastiado- son cocineros soberbios y maniáticos, que desprecian las ideas de la gente sencilla”. Yo le agradecía sus alabanzas, aunque siempre me quedaba la impresión de que ciertas recetas –sobre todo las más curiosas– dejaban en su ceño una sombra de perplejidad.

- ¿Está completamente seguro de que agregó eso? –preguntaba a veces con reticencia.

Sus suspicacias me irritaban ligeramente, pero admitía que, compartiendo con él esos hallazgos, disponía siempre de una opinión contrastada y a su vez de un interlocutor neutral. Cómo sino saber hasta qué punto la mezcla de ciertos ingredientes no era un disparate, o que las especias que me sugerían ciertos comensales no eran producto de una sugestión.

- ¿Ha dicho jengibre? Realmente pasmoso –musitaba, con un matiz incrédulo en la garganta.

Sus predilectas, sin embargo, eran las que añadían una pátina de lujuria – sin excesos– a la naturaleza del plato y le permitían explayarse, con unción metódica, en las raíces de la Gran Cocina.

- Amigo Erentxun –me revelaba entonces-, medio mundo ha soñado con despertar en el prójimo las sensaciones más excelsas a través de sus platos, pero eso sólo está al alcance de un puñado de elegidos.

Eso le provocaba pequeñas carcajadas, explosiones de risa contenida que yo, ignorando la causa, celebraba con tímidas sonrisas.

Sin embargo, tras el almuerzo de aquella tarde (sin duda copioso: mi amigo había pedido risotto al champán, seguido de carpaccio de buey con virutas de foie y parmesano y, de postre, meloso de ricotta con cerezas a la menta), el pretexto que nos congregaba no era una fórmula pintoresca, sino una historia que me impedía conciliar el sueño. Todo se debía a un cliente masculino, francés para más señas, que había empezado a pasarse por mi restaurante justo hacía un mes. Araola, que daba golosas caladas a un habano castrista, me miraba aquiescente, invitándome a revelar los pormenores de mi ansiedad.

- ¿Qué es eso que tanto le angustia, Erentxun?
- Verá, querido amigo, es algo complicado de definir...
- No se tratará de otro de esos vegetarianos irreductibles...
- Me temo que es algo más perverso.
- ¡Sorpréndame!

Yo sabía que Araola compartía la vieja máxima de Terencio, el filósofo cartaginés para quien nada humano, ni siquiera lo más vicioso, nos es ajeno. Pero en aquella tarde de junio, mientras las primeras hordas de turistas cruzaban las fragantes plazas de la ciudad, temía que aquella historia –que a duras penas afloraba a mis labios-, me situase a sus ojos en la órbita de los excéntricos, o peor aún, en la de los locos. Me mantenía por ello a la defensiva, como esos ajedrecistas dubitativos que, aferrados a su torre, esperan con incertidumbre una variante amenazadora de su rival.

- Le ruego que no se ría de lo que le voy a contar; realmente me cuesta mucho abordar este caso.

- No se preocupe; tómese el tiempo que precise –musitó armándose de paciencia.

Lo hice. Estuve un rato concentrado hasta que, tras pedir dos grappas y bebérmelas de golpe, carraspeé dos o tres veces y empecé por desvelar la identidad de mi cliente: Se trata de un hombre viejo –le revelé-, de unos setenta años, y acudió a mi local sin reservar mesa alguna. Plantado bajo el dintel de la

puerta me suscitó desde el principio -le confirmé a Araola- una firme desconfianza, como si no hubiese ido allí por motivos gastronómicos, o al menos exclusivamente para comer. Vestía ropas desaseadas y sus zapatos, manchados de lodo, habían perdido los cordones. Tenía, por otra parte, una cabellera abundante y blanca, que le confería un aire misterioso. Todo en él hacía pensar en una soledad insidiosa, en una mezcla de melancolía y desarraigo natural. No había ningún motivo para que aceptase su presencia, pero algo enigmático me impulsó a hacerlo, y antes de que me diese cuenta, de modo espontáneo, estaba hablando con él distendidamente.

Sus primeras conversaciones, seguí revelándole a mi colega, fueron insustanciales y carecían de interés culinario alguno. Consistían en digresiones irreflexivas, divagaciones sobre temas de carácter más o menos esotérico o peregrino. Solía hablar de cuerpos astrales y de una extraña obsesión por los meteoros; pero su discurso se fue depurando, hasta adquirir a mis ojos una densidad esencial. Hasta el punto de que, al abordar las comidas de su infancia, después de mi estímulo y varias visitas, sus recuerdos se hicieron más cercanos, tanto que, según los escuchaba, percibí desconcertado que no me eran del todo ajenos.

- ¿Se refiere a que en el fondo conocía usted a ese hombre? –me interrumpió en ese momento Araola.

Yo me lo quedé mirando vacilante, mientras suspiraba como un pupilo nervioso.

- No exactamente –musité.

Araola, que hacía rotar la vitola entre los dedos, volcó un cono de ceniza sobre la mesa.

- Perdona, Erentxun –repuso-, pero no acabo de...

Entonces, tragando una densa bola de saliva, le miré directamente y escupí lo que me torturaba.

- Era mi infancia –dije abruptamente–; lo que aquel viejo estaba recordando allí, en mi restaurante, eran los aromas y los guisos de mi propia niñez.

Araola echó su espalda hacia atrás y en ese minuto, como nunca lo había hecho antes, me miró con desaprobación. Sus ojos, habitualmente receptivos, se habían vuelto huraños y me escrutaban sin complacencia. Nos encontrábamos en un punto en el que parecía sospechar de mi cordura y flotaba entre los dos una sensación incómoda.

- Vamos, Erentxun –me señaló-, es evidente que ese individuo le quiso gastar una broma pesada. Habrá estado investigando sobre su niñez y...

- Es imposible que lo haya hecho con ese grado de detalle –le interrumpí exaltado- ¡Ese anciano había catado las mismas cosas que preparaba mi madre! Los sabores que evocaba eran los mismos que conservo en mi memoria: los polvorones de manteca y anís, las migas del desayuno... ¡Platos transmitidos de madres a hijas de forma íntima y secreta!

Esta vez fue mi compañero el que pidió dos grappas, no sin antes revolverse peligrosamente en su silla.

- Pero...

- No, espere, déjeme concluir –le rogué, mientras me echaba al colete la tercera grappa– Hay algo peor...

- ¿Peor? ¿A qué se refiere? –profirió inquieto.

- Querido amigo, le he puesto en antecedentes sobre el tiempo que ese viejo lleva acudiendo a mi restaurante: un mes... ¡Un mes en el que no ha dejado de reflejar minuciosamente mi pasado! Pero es que, agotado el mismo, desde hace unos días... ¡lo hace de mi futuro!

Araola se colocó las manos en la nuca y, tras dejar pasar unos segundos - que a mí me parecieron eternos-, silbó enérgicamente, como quien, después de una época de abstinencia, ve pasar a su lado a una mujer hermosa. Hecho lo cual, se tomó su grappa muy despacio, mientras mascullaba por lo bajo algún dicterio burlón.

- Está bien, querido amigo –concluyó-, ahora me destapará que, en lo tocante a su futuro, también está dando en la diana.

- Ayer, sin ir más lejos, predijo lo que comeríamos en este lugar.

- ¡Pero eso no es ninguna predicción! Seguramente usted mismo, informalmente, le habrá puesto al corriente de nuestra costumbre.

- No se queda sólo ahí, él...

- ¡Basta, Erentxun! –rugió en ese instante Araola– Es evidente que lleva demasiado tiempo entre fogones y que esta ocupación le afecta gravemente. Le aseguro que no pretendo importunarle: la excelencia trae consigo altas dosis de stress. Esto se arregla con...

Pero Araola notó con rapidez que mi abatimiento, lejos de resultar episódico, era realmente agudo. Una brisa helada se había alzado en la plazoleta, que en ese momento se encontraba vacía. Los restos de comida parecían los confetis de una fiesta moribunda y los círculos que sobre la mesa habían dejado los vasos, aumentaban mi sensación de pesadumbre.

- Dios mío, Erentxun, está usted en un serio apuro.

- Si quiere definirlo así...

- Está bien, esto es lo que vamos a hacer: dígame cuándo regresa ese diablo a su local.

- Mañana, pero...

Araola adoptó un aire resuelto.

-No hay excusas que valgan. La solución se la voy a dar pronto. Me perturba que una persona de su talento y profesionalidad se halle postrado por las tretas de un tipo que, evidentemente, guarda un oscuro rencor hacia usted. Mañana seré yo el que ocupe su puesto y desenmascare a ese quiromante de tres al cuarto.

- Encuentro inapropiado lo que me ofrece, yo...

- ¡Déjese de pamplinas! -exclamó– Soy su amigo y le voy a ayudar en este tema.

Araola transmitía un aura de competencia viril y, aunque preocupado, se sentía radiante y enérgico. Viéndole ante mí, no pude evitar que mis ojos, al borde del llanto, expresaran una profunda gratitud.

- Gracias, muchas gracias –atiné a balbucir- ¡Muchísimas gracias!

Fue la mañana más crucial de mi vida, lo recuerdo con una lucidez dolorosa. Cuando, después de despedirnos en la calle, vi al gran chef camino de mi restaurante, solté el aire despacio y volví sobre mis pasos. Menos de una hora después, una hoguera de llamas insaciables devoraría hasta el último rincón de mi local. La muerte de Araola adoptaría la forma de un destino trágico. Por lo demás, la prensa dotaría al suceso de una dosis de fantástico dramatismo, lo que solaparía pesquisas engorrosas y secundarias. El desenlace acabaría siendo visto finalmente como un terrible accidente.

Claro que no para todo el mundo. Al fin y al cabo, apenas dos días antes, con un estremecimiento agónico y helador, yo había oído salir de los labios del viejo cómo arderían los cimientos de mi casa. Era la última predicción que me correspondía, revelada siniestramente junto a una lubina a la sal. Por fortuna, y sobre la marcha, a mí se me ocurrieron otros *planes*, que ya conocen y he descrito.

Del resto de la historia, lo que no sé es de dónde vino aquel intruso y cuáles fueron las razones que le impulsaron a visitarme. Ignoro de qué oscuro lugar procedía y qué vínculo le unía a mí. Ahora que lo pienso, quizá se tratase...pero, como dicen los cirujanos, tal vez sea mejor permanecer en la ignorancia. En cualquier caso, mi motivación y mi pretexto, queridos lectores, habían sido inaplazables: diez años después, en un alarde de paciencia, había conseguido vengarme del presuntuoso que, sin escrúpulo alguno, me había robado astutamente mi receta de tarta de zanahorias.
